

sa como sueño. ¿Qué nuevo estilo es este? ¿Qué hombre habló de este modo antes de Jesu-Christo? Y si sus discipulos solamente por haber anunciado esta celestial doctrina, fueron tenidos de todo un pueblo por Dioses baxados á la tierra, ¿qué culto se podrá negar á su Autor, en cuyo nombre la anunciaban?

Pero dexemos estas reflexiones generales, y vamos á las obligaciones mas precisas del amor y dependencia que su doctrina pide que le tributen los hombres. Manda que le amemos á él del mismo modo que nos manda amar á su Padre; quiere que estemos en él, esto es, que nos fijemos en él, y que en él busquemos nuestra felicidad, como en su Padre: que ordene todas nuestras acciones, nuestros pensamientos, nuestros deseos, y nosotros mismos á su gloria, como á la gloria de su Padre; aún los pecados no se perdonan sino á los que le aman mucho; y el amor que se le tiene es toda la justificacion del Justo, y la reconciliacion del pecador. ¿Quién es, pues, este hombre, que viene á usurpar el lugar del mismo Dios en nuestros corazones? ¿Merece acaso la criatura ser amada por sí misma? ¿Quánto hay grande y digno de amor, no es dón del que solo merece ser amado?

¿Qué Profeta hasta Jesu-Christo vino á decir á los hombres: me amareis; quanto hagais hacedlo todo por mi gloria? Amareis á vuestro Dios, y Señor, dixo Moysés á los hijos de Israel. Nada hay amable en sí mismo, sino lo que puede hacernos felices: ninguna criatura puede hacer nuestra felicidad y nuestra perfeccion; ninguna criatura, pues, merece por sí misma que la amemos; esto sería idolatría: qualquiera hombre que se proponga á los demás hombres como objeto de su amor, es un impío, y un impostor, que viene á usurpar el mas esencial derecho del Sér Supremo: es un monstruo de soberbia y extravagancia,  
que

que quiere levantarse altares hasta en los corazones, que son el unico Santuario que jamás cedió la Divinidad á los Idolos profanos. La Doctrina de Jesu-Christo, esta doctrina tan divina, y tan admirada, aun de los Paganos, no sería mas que una monstruosa mezcla de impiedad, de soberbia, y de locura, sino siendo él el Dios bendito en todos los siglos, hubiese intimado á sus discipulos, en el amor que de ellos pedia, el mas esencial precepto de su moral, y sería en él una ostentacion insensata el proponerse á los hombres como modelo de humildad y modestia, pues estenderia la soberbia y vana complacencia á mas que todos aquellos sobervios Filósofos, que nunca aspiraron mas que á la estimacion y aplausos de los hombres.

Pero aún mas; no solo quiere Jesu-Christo que se le ame, sino que pida á los hombres las señales del más heroyco y generoso amor; quiere que se le ame mas que á los proximos, que á los amigos, que á las riquezas, que á la fortuna, que á la vida, que al mundo entero, y que á sí mismo: quiere que se padezca todo por él, que todo se desprece por él, que por él se derrame hasta la ultima gota de sangre: el que no le tributa estos grandes respetos no es digno de él; el que le compara con alguna criatura, ó consigo mismo, le ultraja, le deshonra, y no debe aspirar á ninguna de sus promesas.

¿Qué os parece, Católicos? no se contenta con que se le ofrezcan sacrificios de cabritos y toros, como los Idolos, y aún como parece se contentaba el Dios verdadero: aún quiere mas: quiere que el hombre se sacrifique á sí mismo, que corra á los suplicios, que se ofrezca á la muerte y al martirio por la gloria de su nombre; pero si no es dueño de nuestra vida, ¿qué derecho tiene á pedirnosla? Si nuestra alma no salió de entre sus manos, ¿por qué se la hemos de volver? ¿Es por ventura ganarla el perderla por

su amor? Si no fuera el autor de nuestro sér, no seríamos sacrilegos y homicidas en sacrificarnos por su gloria, ofreciendo á la criatura, y á un simple enviado de Dios, el grande sacrificio de nuestro sér, destinado solo á reconocer la soberanía y poder del Eterno Artifice que nos sacó de la nada? Muera Jesu-Christo en hora buena para glorificar á Dios; exhortenos á que sigamos su exemplo; muchos Profetas murieron antes que él por la causa del Señor, y exhortaron á sus discipulos á que siguiesen sus pisadas; pero que Jesu-Christo, si no es Dios, nos mande morir por él; que pida á los hombres esta ultima señal de amor; que nos mande ofrecer por él una vida que no le deberíamos; ¿se podrá creer que haya habido en el mundo hombres tan necios é insensatos, que se hubiesen dexado engañar de la extravagancia de esta doctrina? ¿Sería posible que unas máximas tan locas é impías hubieran podido triunfar de todo el universo, confundir todas las sectas, juntar todos los espíritus, y prevalecer contra toda quanta ciencia, doctrina, y sabiduría se habia visto hasta entonces en la tierra? Y si tenemos por bárbaros á aquellos pueblos salvages, que se sacrifican sobre los sepulcros y cenizas de sus parientes y amigos, ¿por qué hemos de hacer mas honor á los discipulos de Jesu-Christo, que se han sacrificado por él? ¿No sería su religion una religion bárbara y sanguinolenta?

Sí, Católicos, las Lucías, las Ineses, las Aguedas, aquellas primeras Martires de la Fé y del pudor, ¿se habian de haber sacrificado por un hombre mortal; y queriendo mas derramar su sangre, que doblar la rodilla delante de los vanos Idolos, no habrian hecho mas que huir de la idolatría, para caer en otra mas reprehensible, muriendo por Jesu-Christo? Ignacio, aquel famoso Martir que dió el Oriente á Roma, queriendo ser trigo de Jesu-Christo, habia de haber

perdido todo el fruto de sus tormentos, y merecido desde entonces ser despedazado por los leones furiosos, por haberse ofrecido en sacrificio por un hombre como él? ¿Los generosos Confesores de la fé no habian de haber sido mas que unos desesperados y fanáticos en ofrecerse á la muerte como insensatos? ¿La tradicion de los Mártires no habia de ser mas que una scena impía y sangrienta? ¿Habian de haber sido los Tiranos y perseguidores, los defensores de la justicia y de la gloria de la Divinidad, y el Christianismo una secta sacrilega y profana? ¿Habia de haberse engañado el genero humano? ¿Y la sangre de los Mártires, en vez de ser la semilla de los fieles, habia de haber inundado el universo de supersticion é idolatría? ¡Oh Dios! ¿Pueden los oídos de los hombres sufrir sin horror tales blasfemias? ¿Hay necesidad de mas que hacer patente la incredulidad á sí misma para confundirla?

Estas son, Católicos, nuestras primeras obligaciones para con Jesu-Christo; sacrificarle nuestras inclinaciones, nuestros amigos, nuestros parientes, nuestra fortuna, nuestra misma vida; y en una palabra, quanto puede servir de obstáculo á nuestra salvacion; esto es confesar su Divinidad; esto es reconocer que él solo puede llenar el lugar de todo quanto por él despreciamos, y darnos mas que dexamos, dandosenos á sí mismo. Solamente el que desprecia al mundo y sus placeres, dice el Apostol San Juan, confiesa que Jesu-Christo es Hijo de Dios, porque de este modo dice que Jesu-Christo es mayor que el mundo, mas poderoso para hacernos felices, y por consiguiente mas digno de ser amado.

Pero no basta el haber considerado el ministerio de Jesu-Christo en su doctrina; es necesario considerarle tambien en las gracias y favores, que de él ha recibido el universo. Vino á libertar á los hombres de

la muerte eterna; de enemigos que eran de Dios, los hizo hijos suyos; los abrió el cielo; los aseguró la posesion del reyno de Dios y de los bienes eternos: y los trajo la ciencia de la salud, y la doctrina de la verdad. Estos dones tan magníficos no se acabaron con él; sentado á la diestra de Dios Padre, los derrama aun sobre nuestros corazones; todos nuestros males hallan aun en él su remedio; nos sustenta con su cuerpo, lava nuestras manchas, aplicandonos continuamente el precio de su sangre; forma Pastores que nos instruyan; inspira Profetas que nos enseñen; santifica á los Justos, para que nos animen con su exemplo. Siempre está presente en nuestros corazones para aliviar todas las miserias: no hay pasion en el hombre que no cure su gracia; no hay afliccion que no haga amable; no hay virtud que no sea obra suya; en una palabra, él mismo nos asegura que es nuestro camino, nuestra verdad, nuestra vida, nuestra justicia, nuestra redencion, y nuestra luz. ¿Qué nueva doctrina es esta? ¿Un hombre solo pudiera ser origen de tantas gracias para los demás hombres? ¿El Dios Soberano, tan zeloso de su gloria, pudiera unirnos con una criatura con obligaciones y lazos tan estrechos y sagrados, que casi mas dependemos de ella que de él? ¿No era de temer que un hombre tan util y tan necesario á los demás hombres, llegase por ultimo á ser su Ídolo? ¿Que un hombre autor y distribuidor de tantas gracias, que hace con nosotros el oficio y todas las funciones de un Dios, llegase muy presto á tomar lugar en nuestros corazones?

Porque advertid, Católicos, que solo el reconocimiento hizo antiguamente los falsos Dioses; los hombres olvidando al Autor de su sér, y del universo, adoraron primero al ayre que los vivificaba, á la tierra que los sustentaba, al Sol que los alumbraba, á la Luna que presidia á la noche; estos eran su Cibeles,

su

su Apolo, su Diana; adoraban á los Conquistadores que los habian libertado de sus enemigos; á los Principes bienhechores y equitativos que habian hecho felices á sus vasallos, é immortalizado la memoria de su reynado. Jupiter, y Hercules fueron colocados en el número de los Dioses, el uno por sus muchas victorias; el otro por la felicidad y tranquilidad de su reynado. Los hombres en los siglos de la supersticion y credulidad, no conocian mas Dioses que aquellos que los hacian bien; este es el carácter del hombre, y su culto solo consiste en su amor y agradecimiento.

Esto supuesto, Católicos, ¿qué hombre hizo jamás tanto bien á los hombres como Jesu-Christo? Acordaos de quanto nos refieren los siglos Paganos en la historia de sus Dioses, y ved si creyeron deberles ni aun tanto como la misma incredulidad confiesa con los libros santos que el mundo debe á Jesu-Christo: creían ser deudores, á unos de la serenidad del ayre, y de una feliz navegacion; á otros de la fertilidad de sus estaciones; á su Marte del buen éxito en las batallas; á su Jano de la paz y tranquilidad de los pueblos; y de la salud á su Esculapio. ¿Pero qué son estos cortos beneficios comparados con los que Jesu-Christo hizo al mundo? Trajo á él la paz eterna, la santidad permanente, la justicia, y la verdad; hizo un mundo nuevo, y una tierra nueva; llenó de bienes, no á un pueblo solo, sino á todos los pueblos, y á todo el mundo; y además de esto, por ser nuestro bienhechor, se hizo nuestra víctima. ¿Qué cosa mayor pudo hacer por la tierra? ¿Si el agradecimiento, pues, hizo los Dioses, podian faltar adoraciones á Jesu-Christo entre los hombres? ¿Sería conveniente el que le debiesemos tanto, si pudiera caber exceso en el amor y agradecimiento?

Aun mas, Católicos: quando murió hubiera ad-

ver-

vertido á sus discipulos que solo eran deudores al Señor de tantos beneficios; que él solo habia sido el instrumento, y no el autor, ni la raíz de todas estas gracias, y que así debian olvidarle, y dar á Dios solo la gloria que le es debida; pero no acabó Jesu-Christo sus prodigios y su ministerio con semejantes instrucciones; no solo no quiere que sus discipulos le olviden, y dexen de esperar en él despues de su muerte, sino que al mismo tiempo de dexarlos, les asegura que estará presente con ellos hasta la consumacion de los siglos, les promete aun mas de lo que les ha dado, y se les une con lazos indisolubles é inmortales.

A la verdad, las promesas que les hizo en este ultimo momento son aun mas extraordinarias que las mismas gracias que les habia concedido durante su vida: primeramente les promete el Espíritu Consolador, á quien llama Espíritu de su Padre: este es el espíritu de verdad, á quien no puede resistir el mundo: el espíritu de fortaleza que habia de formar los Mártires: el espíritu de inteligencia que habia de alumbrar á los Profetas: el espíritu de sabiduría que habia de conducir á los Pastores: el espíritu de paz y caridad que de todos los fieles habia de hacer no mas que un solo corazón, y una sola alma. ¿Qué derecho tiene Jesu Christo sobre el espíritu de Dios, para disponer de él á su arbitrio, y prometerle á los hombres, sino es espíritu propio suyo? Ellas subiendo al cielo, mira como cosa muy difícil el prometer á solo Eliséo su doblado espíritu de zelo y de Profecía, ¿quánto mas lejos estaria de prometerle el espíritu eterno del Padre celestial, aquel espíritu de libertad que inspira donde quiere? Con todo eso las promesas de Jesu-Christo se cumplieron; luego que subió al cielo, el Espíritu de Dios se derramó sobre todos sus Discipulos; los simples quedaron mas sabios que los sabios y Filósofos; los flacos mas fuertes, que los tiranos; los insensatos, según el mundo, mas pru-

prudentes que toda la sabiduría del siglo; manifestabanse en la tierra nuevos hombres, animados de un nuevo espíritu, que todo lo llevaban tras de sí; mudan el semblante del universo, y hasta el fin de los siglos este espíritu animará su Iglesia, formará justos, confundirá á los incredulos, consolará á sus discipulos, los sostendrá entre las persecuciones y oprobrios, y dará testimonio en lo íntimo de su corazón, de que son hijos de Dios, y de que este augusto título les dá derecho á bienes mas sólidos y verdaderos que todos aquellos de que los despoja el mundo.

En segundo lugar, Jesu-Christo promete á sus discipulos las llaves del cielo y del infierno, y el poder de perdonar los pecados. ¿Qué os parece, Católicos? se escandalizaron los Judios porque él mismo los perdonó, y porque parecía atribuirse un poder reservado á solo Dios; ¿pero cuál será el escandalo de todos los pueblos de la tierra, quando lean en su Evangelio que dexó este poder á sus discipulos? Si no fuera Dios, ¿podieran la locura y la temeridad imaginar cosa semejante? Qué derecho tendria sobre las conciencias para atarlas, ó desatarlas á su gusto, para entregar á unos hombres flacos un poder, que ni aun él mismo podia exercer sin blasfemia.

En tercer lugar; aún no basta esto, promete tambien á sus discipulos el dón de los milagros, que en su nombre resucitarán los muertos, que darán vista á los ciegos, salud á los enfermos, habla á los mudos, y que serán dueños de toda la naturaleza. No prometió Moysés á sus discipulos el dón de los milagros con que le favoreció el Señor; conocia que esta virtud le era comunicada, y que el Soberano Señor puede favorecer á quien quisiere. Por eso quando despues de su muerte mandó Josue al Sol que se detubiese en medio de su carrera, para acabar la victoria sobre los enemigos del pueblo de Dios, no manda á este Astro que se dete-

tenga en el nombre de Moisés; no habia recibido de él el poder de hacer detener á los Astros, ni se encomienda á él quando quiere usarle: pero los discipulos de Jesu-Christo nada pueden obrar sino en nombre de su Maestro. En su nombre resucitan los muertos, y dán pies á los cojos; y sin este divino nombre son flacos como los demás hombres. El ministerio y el poder de Moisés acaban con su vida; el ministerio y poder de Jesu-Christo no empieza, por decirlo así, hasta despues de su muerte, y se nos asegura que será eterno su reyno.

¿Qué he de decir por ultimo? Promete á sus discipulos la conversion del universo, el triunfo de la Cruz, la docilidad de todos los pueblos de la tierra, de los Filósofos, de los Cesares, de los Tiranos; y que su Evangelio será recibido en todo el mundo; ¿tiene acaso entre sus manos los corazones de todos los hombres para hablar de este modo de una mudanza, de la que hasta entonces no habia habido exemplar en el universo? Acaso respondereis que Dios revela á su siervo las cosas futuras; pero os engañais, porque si no fuera Dios, tampoco sería Profeta: sus profecias serian sueños y quimeras. Sería un espíritu impostor que engañase y pronosticase lo futuro, desmintiendo los sucesos la verdad de sus promesas. Profetiza que todos los pueblos que están sentados baxo la sombra de la muerte, ván á abrir los ojos á la luz, y no veria que adorandole iban á caer en mas culpables tinieblas: Profetiza que su Padre será glorificado, y que su Evangelio le dará en todas partes adoradores que le adoren en espíritu y verdad, y no veria que los hombres iban á deshonrarle para siempre, igualando con él aquel Jesus, que no debia ser mas que su enviado y su Profeta; profetiza que serán derribados los Idolos, y no veria que él habia de ser colocado en su lugar; profetiza que se formará un pueblo santo de todas las lenguas, y de todas las Tribus; y no veria que

solo vendria á formar un nuevo pueblo Idólatra de todas las Naciones, que le colocaran en el Templo como Dios vivo, que le tributarán todas sus acciones, todo su culto, todos sus respetos; que todo lo harán por su gloria, que de nadie querrán depender sino de él, ni vivir sino en él, y para él, ni tener fuerza, movimiento, ni virtud sino de él; en una palabra, que le adorarán, que le amarán de un modo infinitamente mas espiritual, mas íntimo, mas universal que los Paganos adoraron á sus idolos. Esto no sería ser Profeta: aun sus parientes segun la carne blasfeman, y le tienen por un frenetico é insensato, que á los sueños de su espíritu enfurecido los dá el peso y realidad de revelaciones y misterios. *Quoniam in furorē versus est.* (a)

A esto llega, Católicos, la incredulidad. Destruid el fundamento de que nuestro Señor Jesu-Christo es Hijo Eterno de Dios vivo, y cae todo el edificio: quitad este gran misterio de piedad, y toda la religion es un sueño; apartad de la doctrina de los Christianos á Jesu-Christo, Dios y Hombre, y apartareis todo el mérito de la fé, todo el consuelo de la esperanza, todos los motivos de la caridad. ¿Qué zelo no manifestaron, Católicos, los primeros discipulos del Evangelio contra aquellos impíos, que desde entonces se atrevieron á hacer guerra á la gloria de la Divinidad de su Maestro? Bien conocian que esto era acometer al corazon de la religion; que era quitarlos toda la firmeza de sus persecuciones y trabajos, toda la seguridad de las promesas futuras, toda la grandeza y nobleza en sus pretensiones, y que trastornado una vez este principio, toda la religion se desvanecia en humo, sin ser mas que una

(a) *Marc. 3. v. 21.*

doctrina humana, y una secta de un hombre mortal, que como otros Gefes, no hubiera dexado mas que su nombre á sus discipulos.

Aun por eso, Católicos, los mismos Paganos reprehendian á los Christianos de que tributaban honores divinos á su Christo. Un Proconsul Romano, (a) célebre por sus escritos, refiriendo al Emperador Trajano sus costumbres y doctrina; despues de verse precisado á confesar que los Christianos eran hombres justos, inocentes, equitativos, y que se juntaban antes de salir el Sol, no para empeñarse en cometer delitos, ni para turbar la tranquilidad del Imperio, sino para vivir con piedad, y con justicia, para desterrar los fraudes, los adulterios, el deseo de los bienes ajenos; solamente les arguye de que cantan Hymnos y cánticos en honra de su Christo, y de que le tributan los mismos honores que á Dios: Si estos primeros fieles no hubieran tributado honores Divinos á Jesu-Christo, se hubieran justificado de esta calumnia; hubieran quitado este escandalo de su religion, que era casi el unico que alteraba el zelo de los Judios, y la sabiduría de los Gentiles: hubieran dicho con claridad: nosotros no adoramos á Jesu-Christo, ni intentamos dar á la criatura los honores y culto que es debido á solo Dios. Con todo eso no se defienden contra esta acusacion. Sus Apologistas refutan las demás calumnias con que querian los Paganos manchar su doctrina; de todo lo demás se justifican; aclaran, confunden las mas ligeras acusaciones, y sus Apologías dirigidas al Senado se admiran hasta en Roma, y tapan la boca á sus enemigos; y sobre la acusacion de idolatrar en Jesu-Christo, que sería la mas temible y horrorosa, sobre el cargo que se les hace de adorar á un Crucificado, que era el mayor y mas

(a) *Plin. Ep. 1. v. 1.*

capáz de desacreditarlos, y que tambien debia ser el mas sensible á unos hombres tan santos, tan opuestos á la Idolatría, tan zelosos de la gloria de Dios, no hablan palabra, no se defienden, justifican esta acusacion con el silencio; ¿qué digo silencio? La autorizan quando hablan de Jesu-Christo padeciendo por su nombre, muriendo por él, confesandola en presencia de los Tiranos, espirando con alegría sobre los cadahalsos, con la esperanza que los consuela de ir á gozar de él, y de hallar en su seno una vida mas inmortal que la que perdian por su gloria. Padecian el martirio antes que doblar la rodilla á la Estatua de los Césares, y aun antes que permitir que los amigos que tenian entre los Paganos, movidos de una humana compasion, y para libertarlos del suplicio, fuesen á testificar falsamente en la presencia de los Magistrados, que habian ofrecido incienso á los Idolos, ¿y habian de haber sufrido que se les acusase de tributar honores divinos á Jesu-Christo, sin destruir jamás esta falsa impostura? No por cierto, antes hubieran publicado todo lo contrario, se hubieran expuesto á la muerte antes que dár lugar á una sospecha tan odiosa y execrable. ¿Qué puede, pues, oponer á esto la incredulidad? y si fuera error el creer que Jesu-Christo es igual á Dios, sería un error que nació con la Iglesia, que ha levantado todo el edificio, que ha formado tantos Mártires, y convertido todo el universo.

¿Pero qué fruto puede sacarse de este discurso, Católicos? El que Jesu-Christo es el grande objeto de la piedad de los Christianos; y con todo eso apenas conocemos á Jesu-Christo. No reparamos en que los demás ejercicios de piedad, son por decirlo así, arbitrarios; pero que este es el fundamento de la fé y de la salud, que esta es la simple y sincera piedad: Que el meditar continuamente en Jesu-Christo, recurrir á él, sustentarse con su doctrina, conocer el espíritu de sus misterios, estudiar sus acciones, y no contar sino con el

merito de su sangre y de su sacrificio, es la sola ciencia, y la obligacion mas esencial de un fiel. Acordaos, pues, Católicos, de que la piedad para con Jesu-Christo es el espíritu íntimo de la religion Christiana. Que no hay edificio tan sólido como el que levanteis sobre este fundamento; y que el principal respeto que os pide es que os parezcáis á él, y que sea su vida el modelo de la vuestra, para que conformes con su semejanza seáis del número de los participantes de su gloria. Amen.



SER-

SERMON  
PARA EL DIA  
DE LA EPIPHANIA  
DEL SEÑOR.

*Vidimus Stellam ejus in Oriente, & venimus adorare eum.*

Vimos su Estrella en el Oriente, y hemos venido á adorarle. *Matth. 2. v. 2.*

SEÑOR.

**L**A verdad, aquella luz del cielo, figurada en la estrella que se manifiesta hoy á los Magos, es la única cosa que hay en la tierra digna de los cuidados y atenciones del hombre: Es la luz de nuestro espíritu, la regla de nuestro corazón, la raíz de los verdaderos placeres, el fundamento de nuestras esperanzas, el consuelo de nuestros temores, la suavidad de nuestros males, y el remedio de todas nuestras penas: Ella sola es la seguridad de la buena conciencia, y el terror de la mala; la pena secreta del vicio, y la recompensa interior de la virtud; ella sola inmortaliza á los que la han